

De mano maestra, como todos los escritos del ilustre lord, está trazado este cuadro de la revolucion. Perfectamente comprendieron el carácter de ella los prácticos hombres de Estado inglés. No podia, en efecto, darse nada más contrario á la política seguida en todo tiempo por aquel pueblo, para el afianzamiento práctico de los derechos naturales del hombre y de las libertades de la nacion. Todas las grandes revoluciones de Inglaterra fueron siempre dirigidas por hombres de Estado habituados á la práctica de gobierno. La revolucion de las naciones del continente en el siglo actual se vió, por el contrario, iniciada, y está aún dirigida, por puros teóricos. Así ha salido ella. Las revoluciones inglesas tuvieron siempre por objeto defender y restaurar las instituciones pátrias. En las épocas de mayores revueltas, siempre fueron allí tratadas con profunda veneracion las instituciones vigentes; las revoluciones allí se propusieron corregir abusos, pero jamás pensaron en destruir. Cuando se trataba de reformar las leyes pátrias, alegaban como el título más auténtico y el mejor el título hereditario; y fundados en el legado venerando de sus mayores, reclamaban el respeto de sus libertades. Nunca buscaron modelos en tierra extraña ó en historia ajena. Nunca se preocuparon de teorías y utopías. Nunca creyeron necesario demostrar que la libertad es un derecho natural del hombre. Políticos sesudos y prácticos, les bastaba considerarla como la herencia legal de todo súbdito de S. M. Británica. Su contrato social no era una ficcion filosófica ó una patraña de publicistas; era realidad histórica, y presentaban su documento original y auténtico, en el vetusto pergamino, estampado con el sello real del rey Juan y firmado por los ilustres barones normandos. Ningun argumento teórico sobre los derechos primitivos, absolutos, ilegales, imprescriptibles; ninguna disertacion sobre la igualdad primitiva del hombre; ninguna historia extraida de los escritos de Plutarco ó de Cornelio Nepote llegó jamás á conmovérles tanto como los hechos de su propia historia nacional, ni excitó tanto su veneracion y entusiasmo como las páginas de la Carta-Magna, del *Habeas Corpus*, del bill de derechos, y la institucion del jurado ¹.

No procedieron así nuestros reformadores. Pudieron imitar, si lo hubieran querido, el saludable ejemplo de la nacion inglesa;

1. Véase tambien lo que dice Macaulay en la vida de Mirabeau.

pudieron, al recobrar la libertad, devolverle el carácter nacional y secular y práctico que siempre debe tener; pero se perdieron en las lucubraciones de las teorías. Las instituciones nacionales, los antiguos fueros y libertades de la nacion, aunque interrumpidos por el despotismo, no estaban aún del todo borrados en el corazon y en los sentimientos de los súbitos. La antigua constitucion habia recibido, en verdad, profundos ultrajes con la invasion centralizadora de la monarquía despótica; algunas de sus más esenciales instituciones estaban profundamente maltratadas por malos gobiernos; pero quedaban todavía intactos los cimientos, y permanecian todavía en pié, aunque hondamente agrietados, los muros seculares del antiguo edificio. La revolucion habria podido restaurar aquellas paredes que amenazaban ruina, y edificar sobre los cimientos, cuya solidez y duracion se acreditaba con haber resistido á los esfuerzos destructores de las dos anteriores centurias. Así, la antigua constitucion, aunque interrumpida por la tiranía antes de haberse completado y de haber dado todos sus frutos, ofrecia todavía inapreciables elementos para levantar la mejor de las constituciones prácticas. En las entrañas de nuestras nacionalidades, la sabiduría de nuestros mayores y la experiencia de los siglos habian combinado magistralmente la variedad infinita de los elementos sociales, que viviendo cada uno con vida propia, luchando ó armonizándose unos con otros, según las necesidades y los tiempos, producen esos saludables conflictos de intereses opuestos, esa accion y reaccion constante que, como ley de la naturaleza, tiene por fruto en el órden político la armonía de derechos y libertades, el respeto de todos los derechos, el respeto del derecho individual como de los derechos sociales, del derecho del grande como del pequeño, de las minorías como de las mayorías, evita las resoluciones precipitadas y las grandes catástrofes, y engendra la libertad y la prosperidad general de la nacion.

Todos estos inapreciables beneficios los hubiera podido recoger la época moderna, si los legisladores de Cádiz, comprendiendo su mision verdadera, hicieran el trabajo reformador que les aconsejaba Jovellanos. Si los últimos tiempos, si las últimas centurias les parecian, y con razon, tiempos de decadencia, siglos serviles, bastábase haberse inspirado para su obra en generaciones más remotas. Respetando así la memoria de sus mayores, tendrian mejores

títulos para que á ellos, á su vez, los respetara la posteridad y les rindiera mayor culto.

Pero en lugar de la libertad española evocaron la deidad jacobina y volteriana, repugnante y licenciosa, que habia engendrado la revolucion francesa. En lugar de dar vigor á nuestras antiguas leyes, desautorizando y poniendo en desuso las inspiraciones de la arbitrariedad; en lugar de aceptar la sociedad española tal como era, respetando y conservando lo que en España se respetaba y amaba; en lugar, en fin, de constituir un cuerpo representativo que fuera representacion de la vida nacional, fantasearon, como hemos dicho, una constitucion ideal, que ni en España, ni en region alguna de nuestro planeta, habia existido jamás. En esa constitucion se invertian todos los principios de gobierno, no sólo de nuestra España, sino tambien de cualquier sociedad humana. Si antes se entendia entre nosotros que los ministros y funcionarios públicos servian al rey para gobernar al pueblo, desde la constitucion de Cádiz se entendió, por el contrario, que los ministros y demás funcionarios servian al pueblo para gobernar al rey. Súbdito y soberano habian trocado los papeles. Y no era ésta, ni con mucho, la mayor atrocidad que contenia la tal teoría político-constitucional. En ella se ultrajaban las más venerandas tradiciones pátrias, se excluía de la representacion á todas las clases que formaban la armazon secular de nuestra sociedad; y esa teoría, en fin, que se proclamó como constitucion, fué la señal para que empezaran aquí las listas de proscripcion á nombre de la libertad, y las demás violencias é iniquidades que en nuestra tierra han ocurrido despues, y que los contemporáneos tienen presentes en su memoria, por vivir todavía muchos que han sido víctimas ó actores en las tristes tragedias.

Mas no echemos tampoco toda la responsabilidad sobre los legisladores de Cádiz. Si fueron grandes sus errores, la posteridad, que acaba siempre por ser justa, tampoco puede mancillar la memoria de aquellos honrados patriotas con toda la responsabilidad de los grandes desaciertos en que incurrieron. Á la misma monarquía, por el trabajo de descomposicion que operó en la sociedad para enseñorearse de ella omnipotente, le cabe la mayor culpa; y sobre la monarquía pesan las más tremendas responsabilidades. La accion avasalladora de la corona tenia de largo tiempo aleja-

das á todas las clases de la práctica del gobierno; y en la servidumbre se habian borrado las costumbres públicas, la experiencia y los grandes instintos políticos de las clases, sin los cuales en una nacion no puede vivir la libertad. Por eso, al llegar el momento terrible de la tremenda catástrofe que se venia preparando, las naciones, no habituadas ya á respetar el legado de sus mayores; las clases, no habituadas ya á considerarse como unidades políticas, sino hechas á mirar á los pueblos como un simple compuesto de individuos; los hombres de gobierno, lo mismo que las clases, no experimentados tampoco en la práctica de las instituciones libres, no supieron formar su legitima representacion nacional; y el cuerpo representativo no supo deliberar, y los legisladores no acertaron á desenvolver sino utopías de filósofos. La justicia exige, pues, echar sobre el trono la mayor culpa.

Toda institucion, y la institucion real más quizás que ninguna otra, no sucumbe jamás sino por sus propias faltas, y casi siempre por antiguas faltas, que originaron otras nuevas. En generacion más ó ménos lejana, pueblos ó instituciones expian siempre sus culpas. En estas grandes unidades morales se cumple, por lo general, la ley de la justicia suprema, mediando largo espacio, á veces siglos enteros, entre el acto meritario y la recompensa, entre la culpa y el castigo. Por eso, en cada una de sus páginas reproduce constantemente la historia tremendos escarmientos, en que en medio de una catástrofe política se ve perecer á un monarca inocente, expiando las culpas que en otro tiempo pudo cometer la institucion real; y se cumple en los representantes, personalmente inocentes, de la soberanía, como en la generacion inocente de una clase social, el castigo de las culpas cometidas por esa institucion y esa clase en siglos anteriores. Esto es lo que en nuestros dias está sucediendo con la antigua nobleza de los Estados europeos y con ciertas antiguas familias reinantes, que se nos muestran ahora como sujetas á no sé qué anatema providencial.

Y no se diga que hay en esto un principio de iniquidad, reconociendo como justo el castigo expiado por el inocente; y que se incurre en verdadera paradoja declarando al rey mismo principal responsable de los delirios demagógicos contra la institucion real. Fácil es demostrar nuestro aserto. En las familias soberanas es donde, sobre todo, aparece más clara la unidad que hace estre-

chamente solidarios en culpas y actos meritorios á todos los que cifien su frente con la misma diadema. Aunque el soberano cambie de nombre y de persona, debe decirse que el soberano siempre es el mismo; es siempre YO EL REY, como lo expresa la gráfica fórmula del derecho público de Castilla. «*El rey ha muerto, viva el rey*», se decía con igual verdad en la antigua Francia. Y es, que la soberanía representada por la corona permanece siempre la misma: EL REY no nace y muere, sino cuando se forma y desaparece la monarquía; mientras dura la institucion real, EL REY se sucede á sí mismo; y EL REY, en todas las generaciones, es igualmente responsable de todos los actos de la soberanía. En presencia de esa unidad moral, no puede decirse este rey es el culpable y éste otro inocente: sino simplemente EL REY, la corona, es inocente ó culpable. Si faltando á sus deberes, la corona introduce en la constitucion política un germen funesto, que por natural desarrollo deba producir una catástrofe al cabo de cien años, esa catástrofe vendrá á herir la corona dentro de cien años, y será justa, aunque recaiga sobre un rey inocente; porque en este acto de misteriosa y suprema justicia, quien recibe el castigo no es la persona de este príncipe, sino EL REY, que vive mientras dura el poder real, y mientras dura el poder real es tambien responsable de todos los actos de la soberanía. Ésta es, repetimos, la causa principal de los escarmientos que, en España como en otras naciones, han sobrevenido contra el poder real en la época presente. La monarquía legítima que se apoya en las leyes, peca cuando viola las leyes. Para acrecer injustamente el poderío real, EL REY venia desde hacia más de dos siglos desorganizando algunas de las grandes instituciones y sábias jerarquias sobre las cuales estaban edificadas nuestras naciones, y en nuestra edad recoge el fruto de aquellas grandes culpas; y aunque humillado hoy y reducido á gran impotencia, es, sin embargo, ley de justicia echar sobre EL REY gravísima responsabilidad por las catástrofes que han afligido á nuestro siglo.

Hecha, por consiguiente, la parte, y no pequeña, de responsabilidad que cupo á los tribunos de Cádiz en la triste hazaña, por deber de justicia declaramos que no estuvo en ellos la culpa principal. La posteridad no olvidará nunca que el amor á la pátria era la primera virtud que inspiraba al mayor número de aquellas almas

generosas; que congregados en las circunstancias más críticas y solemnes en que se vió jamás una nacion, encerrados en un recinto circundado de fortalezas y ejércitos enemigos, rodeados de los estragos de la peste, deliberando impávidos, al estruendo del cañon de la guerra de la independencia, sobre teorías en su mayor parte pueriles, en verdad, pero en las cuales creían ellos sinceramente que descansaba la regeneracion de la pátria, se mostraron émulos de la fortaleza del senado romano enfrente de los galos y de Annibal. Nobles y grandes fueron sus aspiraciones; si erraron, fué principalmente por demasiado inexpertos y demasiado niños para discernir el bien y el mal.

No eran, ni podian ser, hombres de Estado capaces de hacer una buena anatomía política de los elementos que entonces componian la vida social de España; no eran políticos que supieran apreciar en la observacion de las sociedades dónde estaban en la vida real las fuerzas que constituian el organismo político de nuestra monarquía; ni legisladores que, inspirando en ese estudio práctico y experimental las grandes reformas que reclamaban los tiempos, dominaran el empuje de las pasiones anárquicas, para impeler vigorosamente á la pátria por la senda de la verdadera libertad. No eran, ni podian ser, más que teóricos, que se dejaban arrastrar por la corriente ideológica de su siglo. Si hoy, para su desgracia, pudieran volver á la vida y tocar las consecuencias de su obra; si vieran cómo ha continuado la decadencia y postracion de la pátria, y contemplaran á sus descendientes entregados á todos los vicios de la servidumbre, seguramente que aquellos héroes de Cádiz, que tenian la dignidad y nobleza por sello primero de su carácter, quemarian ahora el ídolo que entonces adoraron, y volverian á rendir culto á las tradiciones de libertad de la antigua, noble y veneranda España, que ellos acabaron de destruir.

Cuando tan brutalmente como lo hicieron nuestras córtes de Cádiz, se malbaratan las tradiciones y se destrozan los usos y costumbres de una nacion; y en un pueblo eminentemente monárquico se promulga de pronto como constitucion una teoría demagógica; y en una sociedad, por esencia católica, se prodigan sarcasmos, blasfemias é invectivas y persecuciones contra la Iglesia, semejante nacion tiene por fuerza que caer en espantoso abismo, y entre sus hijos se hace inevitable una lucha despiadada, una

época sangrienta de guerras civiles y guerras de religion á un tiempo, con todos los horrores y excesos de ferocidad y barbárie inseparables de tales luchas fratricidas. El sentimiento católico y el monárquico estaban mucho más arraigados en nuestra vida nacional que en otra cualquiera sociedad europea. Por eso, si por un lado, para levantarse la revolucion entre nosotros, necesitó aprovecharse de la confusion y trastorno de la guerra de la independencia, y presentarse como de sorpresa; si la fuerza de los dos grandes principios conservadores de la sociedad española han contribuido tambien á contener la violencia de las explosiones revolucionarias; en cambio, por otro, los dos bandos se han hecho aquí más irreconciliables que en las demás naciones, y han sido mayores los ódios, más encarnizadas y duraderas las guerras civiles. Por estas mismas causas, mientras en Francia se desenvolvía la revolucion entre gigantescas convulsiones, en España, á pesar de ser no ménos violentas las pasiones, y en realidad tambien no menores los estragos y ruinas, revistió un aspecto raquítico, y sus hombres fueron y parecieron pigmeos.

Natural era que los que se veían excluidos de la representacion nacional, y perseguidos y odiados á nombre de la libertad, no obstante haberse asociado con entusiasmo al primer grito de invocacion á las libertades pátrias; natural era, repito, que ahora, en presencia de tanta arbitrariedad, se alarmaran y desconfiaran con razon, y el amor pátrio y apego á los hábitos tradicionales acabara por hacerles mirar con temor lo que antes invocaran con entusiasmo ardiente. Natural era que se hicieran antireformadores aquellos que veían que las reformas iban dirigidas contra ellos.

En 1809, los clérigos, y muy principalmente los frailes, se mostraban celosos en extremo por la restauracion de las córtes y las reformas en todos los ramos del gobierno. Mas cuando la experiencia les descubrió el verdadero carácter de la revolucion se convirtieron por propio espíritu de conservacion, así como por conviccion y virtud, en tenaces partidarios de lo antiguo. ¿Qué fué, pues, lo que descubrieron en el fondo de nuestra revolucion, para apartarse de ella y retroceder con tal espanto? Descubrieron su tendencia anticristiana, el carácter satánico que con profunda sagacidad venia señalando J. De Maistre desde 1793 en la revolucion francesa.

Pero como hace un momento decíamos que las doctrinas enciclopedistas y volterianas, aunque propagadas en España entre las clases superiores, no tenían, sin embargo, entre nosotros el suficiente arraigo para producir aquí por sí solas una revolucion como la que produjeron en Francia, conviene fijarse en los medios que emplearon para adquirir de pronto tal valimiento. Conviene estudiar de qué manera y por qué cúmulo de circunstancias aciagas pudo el filosofismo apoderarse del impulso reformador que entonces dominaba á todas las clases de nuestra nacion; y convertir aquel generoso entusiasmo para la reforma de lo antiguo en un grito revolucionario, animado de iguales tendencias impías que las que al término de la centúria pasada hicieron tan terrible explosion en la nacion vecina.

No obstante cuanto se ha dicho de las persecuciones y pesquisas que ordenaba la Inquisicion, nadie podrá negar que durante el siglo pasado las doctrinas del filosofismo cundieron por España, causando profundos estragos entre las clases superiores, y que en las bibliotecas particulares de nuestros escritores y hombres públicos abundaban los libros, impresos ó manuscritos de la secta. Ciertamente que hasta la época de las córtes de Cádiz, el espíritu irreligioso que desatinaba á la secta filosófica no se atrevió á manifestarse en nuestra pátria con el cinismo de que hizo ostentacion en la nacion vecina; cierto que España no se había estremecido, como Francia, con tan ruidosas controversias sobre puntos capitales de dogmas, ni las discordias de nuestros reyes con la santa sede habían llegado al punto que alcanzaron las escandalosas desavenencias de Luis XIV con el papa; pero, aunque más en pequeño, sobre nuestro suelo tambien se habían desarrollado esos gérmenes maléficos. Durante los siglos XVII y XVIII tuvimos aquí el quietismo; en el décimo octavo y comienzos del presente fructificó un jansenismo regalista y galicano, que llegó á apoderarse de la Inquisicion, y el volterrianismo tuvo entusiastas afiliados entre nuestros políticos, economistas y hombres de letras; tuvimos, como Francia, nuestros literatos, hombres políticos y abates enciclopedistas, y jacobinos y teofilántropos. En una palabra, el liberalismo, bajo la forma política del absolutismo monárquico, no cesó de revolver la múltiple variedad de sus doctrinas anticatólicas durante los reinados de la casa de Borbon, y (aunque valiéndose aquí

de más taimados disfraces para no provocar en contra suya las iras de la nación, fervorosamente católica), desde el reinado de Carlos III, sobre todo, asomó ya de un modo manifiesto por nuestros horizontes. Pero por más que tales doctrinas germinaran por nuestra patria, y, rodeando al trono, consiguieran no pocas veces decretos cismáticos, ó cuasi-cismáticos, quedaron siempre aisladas y reducidas á campo estrecho en medio de nuestra nación, profunda y sinceramente católica. Y el grito que en 1808 produjo el héroe é incomparable alzamiento de nuestros padres, fué el grito de religion unido al de independencia de la patria.

Mas desde las córtés de Cádiz las ideas irreligiosas arrojaron entre nosotros los antiguos disfraces monárquicos, y vincularon su triunfo á la propagacion de las doctrinas democráticas, que con asombrosa rapidez empezaban á cundir entonces por todas las naciones de la sociedad europea. Su primer acto revolucionario consistió, en el terreno político, en no admitir para la representacion nacional más que elementos democráticos; en constituir, con arreglo á las inspiraciones de Rousseau, una asamblea única y omnipotente. Una vez formado aquel congreso, que el rey y las clases excluidas de la representacion tenian que mirar como ilegal y faccioso, promulgaron en él como ley fundamental de nuestra España una teoría galicana y jacobina. Desde aquel dia quedó sembrado el germen de las hondas discordias que nos habian de devorar durante todo el siglo.

Las aficiones á las ideas democráticas llevaron al bando volteriano y revolucionario á no pocos hombres de buena fé, que no descubrian el principio anticristiano que se ocultaba bajo el disfraz de la doctrina política. Formáronse entonces, ó por mejor decir, multiplicáronse entonces, y tomaron el carácter de conspiracion política, pues ya eran antiguas y removian otros proyectos, sociedades secretas, que usando nombres, ceremonias y ritos extraños, con su orden, jerarquía y arreglo, en que habiendo mucho de simbólico, capaz de interpretaciones diversas, que así puede ser nada como mucho, permiten disfrazar la conjuracion para que en ella se afilien hermanos, sin el temor ó escrúpulos de ser conspiradores, y se reclutan fácilmente gentes sencillas é incautas, que sirven de instrumentos ciegos á planes que no conocen. Una organizacion secreta de esta índole se difundió por toda la monar-

quía como máquina de guerra para el triunfo del liberalismo. El ejército, las magistraturas y profesiones liberales fueron las clases que minó con preferencia. Á esta sociedad se afiliaron, unos por simple vanidad y amor del misterio, otros por espíritu inquisitivo, algunos tontos por filantropía, bastantes por entusiasmo á las nuevas ideas, muchos por deseos de medrar. Cuando la sociedad secreta, unida con algunas otras de su misma familia, que luego le fueron rivales, hubo extendido suficientemente sus mallas y organizado su trama, se vió que si en un principio eran pocos los que, por ser enciclopedistas ó heterodoxos de otra especie, se habian conjurado como sectarios, declarándose constitucionales con segundo fin, luego, por el contrario, fueron muchos los comprometidos á ser enciclopedistas, volterianos y anticristianos, porque habian empezado por ser sectarios¹.

Disfrazadas las miras anticristianas con doctrinas políticas reformistas, católicos fervientes no hallaron escrúpulos en su conciencia para afiliarse en una sociedad de antigua mala fama, condenada por la Iglesia, mirada con horror por la gente piadosa, y aun por la que no lo era mucho, con fundada sospecha. Como veian ahora alzarse en esa sociedad banderas políticas reformistas, y proclamarse allí los derechos del hombre y las instituciones, entonces de buena fé llamadas libres, solicitaron el simbólico mandil, y adoptaron sus ritos y ceremonias. No ignoraban que tales monopodios estaban condenados por las leyes divinas y humanas; pero la reforma política los obcecaba hasta el extremo que creian de buena fé que se podia ser á un tiempo hijo sumiso y leal del papa y del Gran Oriente. Las aspiraciones de reforma política y los proyectos é intereses masónicos formaron barraganía. De su contubernio nació el liberalismo. En adelante no se concibió Riego sin mandil.

Así, con aquella sorpresa y con tales artes de conjuracion é intriga, la pasion genuinamente revolucionaria y enciclopedista, que entre nosotros formaba un partido sobrado flaco é impotente para esperar triunfos, se vió de pronto poderosamente robustecida por considerable número de políticos, tan hombres de bien como cán-

¹ Sobre este particular se hallarán los más interesantes pormenores en los *Recuerdos de un anciano*, de D. ANTONIO ALCALA GALLIANO, que vió las cosas de cerca y por dentro.

didos, que vinieron á alistarse bajo la bandera alzada en Cádiz: bandera que ellos se figuraban puramente reformista, y era, por el contrario, esencialmente revolucionaria y anticristiana. Hombres tan piadosos como ilusos, creyeron que con poner al frente de la célebre constitucion: «*En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la sociedad*», quedaba conjurado el enemigo malo, y se tuvieron por inspirados intérpretes de la política de Dios y gobierno de Cristo.

La historia nos muestra en todas las épocas abundancia de hombres de esta especie que, á fuerza de extrañas ilusiones, con la mayor buena fé del mundo, y por los más inconcebibles procedimientos, aciertan á casar en su magin las doctrinas más contradictorias. En tiempo de la reforma hubo fieles que daban la razon á Lutero y al papa; en tiempos más modernos los ha habido que creyeron á piés juntillas que Cristo y Rousseau querian una misma cosa; que la enciclopedia debe mirarse como la última expresion de la doctrina evangélica, y que á la revolucion francesa se la debe apreciar como la manifestacion más grande y la explosion más sublime del cristianismo. En las córtes de Cádiz, además de los hombres que con insigne hipocresía ocultaban bajo invocaciones cristianas la más desatada impiedad, abundaban tambien los católicos ilusos que, invocadores sinceros de la Santísima Trinidad, al mismo tiempo hallaban medio de aprobar las blasfemias del *Diccionario crítico-burlesco*; católicos que cumplian con fervor las prácticas piadosas y reconocian la autoridad divina de la Iglesia, y al mismo tiempo, en contra de esa misma Iglesia, estaban conformes con los jacobinos en que ciertos versículos del Evangelio, que durante diez y ocho siglos se habian interpretado unánimemente como alegóricos ó de puro consejo, debian interpretarse al pié de la letra y como precepto terminante, mientras otros textos, siempre interpretados de una manera literal, debian, por el contrario, recibir interpretacion alegórica. Por ejemplo: del consejo evangélico de tolerar y sufrir las injurias, deducian ellos, para todo clérigo secular ó regular, la obligacion de no defenderse contra ladrones y asesinos; el texto *regnum meum non est de hoc mundo*, lo traducian de manera que resultara la Iglesia una institucion que no podia vivir en este mundo; en el consejo de pobreza veian un mandato terminante del Redentor disponiendo que á la

Iglesia se la despojara de sus bienes y propiedades; de la fraternidad cristiana deducian los principios demagógicos de su constitucion; el precepto de dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, lo cumplian dando al César lo que es de Dios. En cambio, en otros textos, perfectamente claros y siempre aplicados al pié de la letra, pero que les dejaban mal parados, encontraban ellos un sentido figurado. Tales creyentes, sin embargo, hubieran considerado como fanático de primera á quien les demostrara que si tenian en el corazon inclinaciones católicas, su cabeza, ó no estaba sana, ó pertenecia á la herejía. No nos deben extrañar tan singulares extravíos, porque, por lo visto, hacen parte de la condicion humana. Hoy mismo vemos formarse, entre los hombres de la actual generacion, no ménos increíbles amalgamas de catolicismo, krausismo, hegelianismo y liberalismo conservador ó liberalismo radical. Y con frecuencia, hombres cuya devocion nos ha edificado en el templo católico, nos sorprenden luego, declarándonos con beatitud que son católico-krausistas, ó católico-hegelianos, ó católico-liberales; y con tanto fervor como se dan en la iglesia golpes de pecho, desahogan despues en la cátedra ó en la prensa sus principios de liberalismo moderado ó sus pasiones de radicalismo y clerofobia.

En 1810 eran muchos los católicos de este género entre nuestros políticos y hombres de letras, y no faltaban tampoco entre las demás clases. Ellos fueron los que dieron principalmente empuje y vigor á la secta volteriana; por ellos no más pudo triunfar en España la revolucion. Las ideas enciclopedistas carecian, en efecto, á la sazón de fuerza bastante en nuestro suelo para haberse puesto frente á frente de la Iglesia; pero tuvieron habilidad para traer á su campo, sin que ellas mismas se dieran cuenta de ello, á las masas de católicos ilusos de que acabamos de hacer mencion; y robustecidas así sus filas, la revolucion pudo atreverse á impugnar nuestras tradiciones más venerandas, y poner por obra su propósito de constituir una España distinta y enemiga de la España antigua. De este modo las clases ultrajadas, y los elementos que representaban las tradiciones de nuestra historia, vieron obligados á constituir un partido antifreformista recalcitrante, que no acertó á contestar á las violencias revolucionarias sino con las violencias de la guerra civil y horribles reacciones. Origi-

nóse de aquí el divorcio fatal entre la España antigua y la España moderna, que, como lo hemos señalado más arriba, ha sido favorable en extremo al triunfo de la revolucion.

No faltará quien se extrañe de esta manera de explicar la causa del inesperado ímpetu con que por primera vez se manifestaron en Cádiz las doctrinas enciclopedistas como principal motor de nuestra revolucion, y considere quizás un tanto pueril atribuir la fuerza principal de aquella primera explosion á la parte que en ella tomaron numerosos ilusos, que, en realidad, ni sabian lo que querian, ni lo que se hacian, ni á dónde los llevaban. Costumbre suele ser en los historiadores explicar los más trascendentales sucesos con negras intrigas, traiciones, perfidias, malvados impulsos ó sentimientos y arranques generosos. Elementos son éstos, en verdad, que desempeñan principal papel en la historia, tal como la van formando las pasiones humanas; mas otro elemento hay tambien que, aunque nuestro orgullo quizás se niegue muchas veces á admitirlo como explicacion de grandes hechos sociales, desempeña, no obstante, asimismo principal papel en la vida individual ó colectiva de los hombres. Este elemento es la necesidad, la insensatez, el idiotismo, la ignorancia, etc.; que poco importa el nombre con que se le quiera apellidar. Cuando se ve con qué entusiasmo y tenacidad las masas humanas levantan sus ídolos, sin saber lo que significan, ni lo que quieren, y sin saber á dónde van, ni lo que desean, impulsadas sólo por los furores supersticiosos de su idolatría, se degüellan sin compasion unas á otras al pié de los altares de estos ídolos de barro; cuando en los asuntos más árduos de la vida vemos al hombre como haciendo alarde de obstinacion y ceguedad en el desatino, y apasionado siempre de lo falso y fingido, propendiendo en toda ocasion á negar la evidencia, y dando prueba de no haber escarmiento, para que la generalidad de los seres racionales no sean juguete vil del astuto engañador; cuando vemos, en fin, de cerca á qué manos tan inhábiles y torpes suelen estar confiados los más sagrados intereses, y qué especie de monotes é irracionales criaturas, á instigacion de unos cuantos intrigantes, aparecen á lo mejor alzados por los partidos en masa como santones y corifeos, y con menos méritos que el caballo de Caligula, los cubren, sin embargo, á porfia de dignidades y honores, para que sirvan de instrumento dócil á fines interesa-

bles y bajos,—fácil es convencerse de que la necesidad explica por sí sola tantas revoluciones y sucesos trágicos como la perversidad de las pasiones malas. Ya los antiguos notaron *quam parva sciencia regitur mundus*, y todas las generaciones humanas lo han de comprobar. Dilatada sucesion de siglos lleva, en efecto, de estarse esplotando la necesidad humana; pero es, sin embargo, todavía mina tan fecunda, que parece no haberse beneficiado jamás, y hasta que llegue el fin de las sociedades que viven en esta tierra será siempre inagotable tesoro para todos los intrigantes que se propongan revolver y dominar el mundo.

¡Cuántos hombres, que la pasion política nos hace considerar como malvados y alevosos, y que no son sino tontos de solemnidad ó ingenios desorientados! Talentos de primer orden tal vez en otros ramos, pero que, llamados por la casualidad ó circunstancias accidentales y de momento á dar solucion práctica á los más graves problemas morales y políticos que con urgencia reclama la pátria, apenas habituados á examinar de cerca cuestiones de tanta entidad, atraídos en direcciones opuestas por pasiones encontradas, seducidos alternativamente con igual fuerza por los argumentos más antitéticos, pierden el juicio y se entregan á discrecion al caudillo que más impresiona su ánimo ó halaga mejor sus intereses. Y una vez afiliados en un bando, permanecen ya sujetos á él por la triple cadena de la soberbia que no se retracta, de los intereses y compromisos sociales, y de la ambicion y codicia que empiezan á despertarse insaciables; y quiera Dios que las más de las veces no sea por el miedo.

Esto que sucede con todo aquél que, no afiliado ya de antemano á un partido de propósito deliberado y por miras personales, llega inexperto al campo de la política con convicciones no muy sólidas sobre las cuestiones más capitales, les sucedió tambien á una buena parte de los patrios que acudieron al primer congreso de Cádiz. Vinieron animados del espíritu generoso de reformas, como lo estaban entonces todos los españoles; pero de ellos se apoderó el liberalismo, y en lugar de las reformas que querian, produjeron una revolucion; en lugar de la obra cristiana que pretendian edificar, salió de sus manos una obra satánica. Con su necesidad dieron nuevo ejemplo de que nunca se va tan lejos como cuando no se sabe lo que se quiere y á dónde se va. Su sencillez y candor, así

como su buena fé é inmejorable buen deseo, sirvieron no más que para prestar fuerza y ayuda á una causa, que seguramente hubieran odiado de muerte si la conocieran á fondo y pudieran prever la servidumbre y los desastres en que se iba á sumir la pátria. Pero al mismo tiempo la posteridad les ha de reservar juicios y anatemas severos, porque sin su sencillez y proverbial candor no hubiera triunfado en nuestra tierra la causa maldita. La España antigua y la España moderna marcharian ahora unidas sin convulsiones ni anarquías, sin la série espantable de crímenes, horrores y vergüenzas que constituyen las revoluciones, y cuyo desenlace final nadie puede prever.

El estado de la religion en España es hoy harto distinto que en 1808. Setenta años de revolucion, acompañados de todos los horrores de anarquía moral y material inseparables de tales revueltas; setenta años de discordia, unas veces manifiesta y ruidosa, otras encubierta, pero siempre profunda entre el Estado y la Iglesia; más de un siglo de circulacion de toda clase de escritos impíos y de propaganda racionalista en la prensa, en la cátedra, en las tribunas de las sociedades científico-literarias, en todos los principales centros de la vida social, han acumulado aquí, en manos de la revolucion, poderosos elementos, que le dan fuerza bastante para por sí sola, y sin necesidad de auxiliares ilusos, poder ya plantear los siniestros proyectos que remueve. Por profundamente arraigado que estuviera el catolicismo en nuestra pátria, no pasa en balde por ninguna nacion un siglo entero de impiedad. Las últimas generaciones no han cesado de ver en esta tierra á las ideas irreligiosas patrocinadas por la revolucion, campeando libremente en los cursos de la enseñanza oficial y propagándose por todas las clases y por todos los medios con ilimitada licencia.

Las grandes conmociones políticas inspiran dos sentimientos opuestos: un profundo amor á la tranquilidad y sosiego, ó una ambicion sin freno. La aversion á las intrigas de la vida pública produce caracteres apáticos, indiferentes é inertes; y la pasion de las aventuras y revueltas sociales multiplica los conspiradores de profesion y la gente inquieta de pasiones desatadas. El primer sentimiento suele entonces ser característico de las clases llamadas conservadoras; el segundo, por el contrario, es propio de los hombres que, no teniendo nada ó poco que conservar, columbran en el

desenfreno inseparable de toda revolucion un medio de satisfacer su codicia. En España, salvo en las clases populares, los elementos conservadores no han salido todavía de la apatía que les suelen inspirar las revoluciones; las clases altas permanecen aún inertes y desorganizadas; la timidez y pusilanimidad con que defienden sus derechos forma singular contraste con la audacia y actividad febril de sus contrarios. Esta es una de las causas principales de los crecientes triunfos de la revolucion en nuestra pátria. Valiéndose de ese estado de criminal apatía en que viven las principales clases conservadoras, la revolucion ha podido desportillar impunemente todos los baluartes de nuestra sociedad. Así, á pesar de los sentimientos religiosos firmemente arraigados en la mayoría de nuestra nacion, hasta por los más apartados rincones de la monarquía se ha esparcido, sin embargo, el contagio de las malas doctrinas, y multiplicádose en progresion creciente las revistas y periódicos en que se ataca abiertamente á la religion, y se promueven discusiones heterodoxas sobre los puntos más esenciales del dogma. La herejía, bajo distintas formas y en las materias más heterogéneas, no ha cesado de enseñar, unas veces con disfraces cristianos y otras con cínico descaro, las doctrinas más opuestas al catolicismo. No pocas veces han intentado los gobiernos, con pretextos de regalías ó juramentos á constituciones demagógicas y anticristianas, separar á la Iglesia de España de la sede apostólica, y promoviendo estrepitosas discordias con el papa, procurar á toda costa exaltar contra la cúria romana los odios de las muchedumbres. Tuvieron, en fin, rienda suelta las pasiones volterianas para calificar de indecente supersticion los dogmas más augustos y las prácticas más venerandas, y blasfemar de todo cuanto aparecia revestido de algun carácter religioso, llamándole legado de barbárie de los siglos del oscurantismo. En una palabra, no hubo medio de accion, manifiesto ó tenebroso, de que no dispusiera en España la herejía. Mientras tanto la Iglesia, en cambio, ha vivido aquí profundamente desorganizada: disueltas las comunidades religiosas, perseguido el clero regular con bárbaras matanzas ó leyes de proscripcion no ménos incuas, despojada de los bienes de sus fundaciones piadosas, de sus institutos de caridad y centros de enseñanza, privada de todo elemento, emparedada en el templo, reducida al púlpito y al altar para hacer oír su voz y

su doctrina y desempeñar su mision en la tierra; careciendo, en fin, de los seculares recursos con que habia contado en toda época para infiltrar sus bienhechoras verdades en el cuerpo social, apenas pudo reorganizarse entre el desquiciamiento de tan brusca y violenta agresion y hacer frente á la irrupcion de las herejías modernas.

Grave daño han sufrido con ello las creencias. Si la impiedad no ha hecho entre nuestras clases populares tan profundos estragos como en otros países, en cambio nuestras clases altas, y sobre todo, nuestra clase media, están profundamente inficionadas del contagio. Y en esto principalmente consiste la diferencia que resulta entre España y otras naciones acerca de la respectiva situacion en que ahora se hallan el catolicismo y la revolucion.

En otras naciones observamos que es ahora, principalmente entre el vulgo, donde la impiedad hace los mayores estragos y excita más violentos furores, mientras en las clases superiores, por el contrario, se está manifestando, cada vez de un modo más enérgico, una reaccion favorable á las creencias, recogiéndose entre ellas abundantes y seguros presagios del gran renacimiento católico que empieza á conmover al mundo. Pero en España, á diferencia de lo que ahora sucede en las demás naciones, las clases populares son las que, en su inmensa mayoría, conservan intacta la fé en las tradiciones cristianas. Únicamente en algunas ciudades, donde las doctrinas, y principalmente los intereses revolucionarios, han echado raíces y constituido imperio; y en casi todos los centros de la industria, donde el trabajador, tratado como bestia de carga por el capital, y alejado de los sentimientos que le harian llevar con resignacion el infortunio y disfrutar la felicidad cristiana del pobre, no recibe sino impresiones que le incitan á la protesta contra todas las disciplinas sociales, es donde, por razon del mismo contacto con las demás clases corrompidas, la clase popular aparece descreida también y entregada á las pasiones de impiedad características de la revolucion moderna. En cambio, fuera del elemento popular abundan los incrédulos, tanto en las diversas carreras del Estado y en todas las profesiones facultativas, como en el comercio y entre los propietarios é industriales. Hacen profesion de fé de deístas y volterianos, tanto la mayor parte de los que se dejan arrastrar por las corrientes de cada épo-

ca, no cuidando de lo que pueda haber de falso ó verdadero en las doctrinas que en su siglo prevalecen, como los que pretenden juzgar por sí mismos de las cosas, y en realidad no son, por lo general, sino doctores indoctos, que, incapaces de distinguir en una lectura el veneno y el pasto confortante del entendimiento, no aciertan más que á repetir indiscretamente lo bueno ó malo que encuentran en los libros.

Ésta es la causa del carácter belicoso que, como en épocas anteriores, revisten hoy en nuestra pátria, segun lo observaba Balmes, las ideas y sentimientos religiosos. Los partidos compuestos de poderosas muchedumbres propenden, por instinto natural, á buscar el triunfo por el empleo de la fuerza, con preferencia á otros medios de accion. No por otra causa el sentimiento religioso, arraigado profundamente en la inmensa mayoría de nuestro pueblo, prefirió, con harta frecuencia, fiar el éxito de la causa al trance de las armas, en vez de organizar los elementos de lucha contra la impiedad con los medios morales que la Iglesia ha sabido emplear en toda época con tan superior maestría, segun las necesidades diversas de los tiempos, y que son seguramente más dignos del hombre y preferibles siempre á los de la fuerza material. De aquí también el que el partido antirevolucionario, que en España debia ser más poderoso y estar más vigorosamente organizado que en ninguna otra parte, sea, por el contrario, en nuestra pátria, el partido vencido siempre, y escarnecido y proscrito por todos los demás, y resulte también el más desorganizado de todos los que, por las diversas naciones, sostienen ahora, con tanta gloria como admirable energía, los intereses que la revolucion se propone ultrajar y destruir.

¡Qué diferencia entre la organizacion admirable que en todos los ramos tienen ahora en Francia los intereses católicos, y la desunion, y por todos estilos lamentable anarquía, en que esos mismos intereses se hallan en España, donde, sin embargo, por razon de nuestra misma historia, los recursos de accion y dominio del catolicismo eran superiores á los que pueda ofrecer ninguna otra nacion! ¡Qué diferencia entre la Francia, que, á pesar de las más espantosas catástrofes, de las alternativas crueles de demagogías y cesarismos, y de los peligros, más de una vez renovados, del cisma galicano, ha sabido, sin embargo, restablecer vigorosa dis-

ciplina en el clero; reconstituir compacta y heroica falange de comunidades y asociaciones consagradas á la enseñanza y caridad cristiana; levantar de improvviso catorce universidades católicas; acometer empresas asombrosas de caridad y propaganda religiosa, dignas de los tiempos de San Luis; y España, que aún no ha sabido ni reclamar siquiera la necesaria libertad para establecer un centro de enseñanza superior, donde al ménos la doctrina católica no anduviera contaminada con la herejía, ni dar tampoco vigor y unidad á los elementos más capitales para sostener la gran lucha de los tiempos modernos! ¡Qué abismo de decadencia media entre la España católica del siglo XVI, cuyos sábios eran en todas las ciencias el asombro de las naciones y el terror de la herejía, y que tenía en sus cátedras, y mandaba también á las universidades más concurridas de los demás pueblos, las mayores lumbreras y los más insignes controversistas de la cristiandad; entre aquella España veneranda, reina del mundo, más aún por el saber y la superioridad moral, que por los elementos de la política y del dominio material; y la moderna España, que no conoce sino anarquía, y vive en el mayor desconcierto con respecto á todo lo que sea organización y unidad. Si continúa este estado de desorganización, es seguro que el catolicismo ha de ir decayendo en nuestra patria en progresión cada vez más alarmante; y España, presa toda ella del delirio revolucionario, será la nación más revuelta y desquiciada que se conozca en Europa. Imposible ya reconocer, no digo á la España de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II, sino á la España heroica de 1808, que supo poner enfrente de los ejércitos de Napoleon al mismo pueblo de Numancia y de las leyendas del Cid, y derramaba toda su sangre y tesoros antes que someterse al yugo extranjero, y asombraba á Europa representando, contra el guerrero más poderoso y temible que han visto las naciones, la más gloriosa y gigantesca epopeya de independencia que han presenciado los siglos. ¿Quién reconocería á esa España, todavía á principios de este siglo legendaria por sus heroismos y hazañas, con esta patria desventurada de ahora, que ha roto y ultraja sin cesar todos los lazos y tradiciones que recibió de sus mayores, hace pedazos su unidad fundamental, llama gloriosas á las páginas de ignominia que hoy escribe en su historia, y como matrona deshonrada se entrega á la dictadura de cualquier his-

trion ó sofista audaz, dejándose dominar indiferente por una cohorte pretoriana indisciplinada, ó por una conjuración de facciosos y saltadores políticos, sin otro oficio ni beneficio que formar banderías y facciones para pasar de unas á otras su desvergüenza á trueque de pingües oficios, títulos, dignidades y buenas doblas de oro: pues es ley de tales revueltas, que pujando en traiciones, se llega con ellas á rico-home e cavallero? ¿Cómo contener un grito de dolor al verla aclamar con ovaciones triunfales á esos patriotas que la llaman España con honra, cuando entre orgías de indisciplina militar y explosiones de anarquía demagógica, y de la moderna barbárie anticristiana, han escarnecido todo lo santo y respetable que tenía: el trono, la propiedad, la familia, las leyes, el altar, la conciencia y la dignidad nacional, y le han hecho representar entre las naciones de la cristiandad el papel de una ciudad asaltada por cuadrillas de bandoleros?

España es, entre las sociedades europeas, la más gravemente amenazada de descomposición. Ese es su destino si la revolución triunfa en ella de un modo definitivo. Por eso embargan al ánimo los más tristes presentimientos al ver que es la nación que ménos ha sabido organizar sus fuerzas y elementos de conservación para conjurar el peligro, gravísimo é inminente, de que en su suelo la barbárie revolucionaria socave y destruya en breve tiempo la obra de tantos siglos de gloria y sabiduría.

En cambio hemos tenido aquí tesoros, energía y abnegación heroica, como en ningún otro país, para derramarlos en guerras civiles, tan porfiadas y sangrientas como estériles. No han faltado, ni faltan, aspiraciones de vincular la religión á una causa política. No pocos católicos, pretendiendo que la política es la que ha de salvar la religión, cuando la religión es la que ha de salvar á la política, tuvieron por interés fundamental el predominio de determinadas banderías y facciones, y lo sacrificaron todo en dar fuerza y vigor á un partido que, en el fondo, es anárquico y revolucionario también á su manera, heredero de aquellos milicianos realistas del penúltimo reinado, que no se distinguían de la milicia nacional del liberalismo sino por la distinta librea y por el frenesí de entonar otro himno que el de Riego; mezcla de revolución y reacción, de autocracia real y demagogia, que, en la adversidad ó en la fortuna, no puede proporcionar sino días de luto para la patria.

La situación del catolicismo en España reclama, pues, con urgencia, que los verdaderos elementos del orden moral salgan cuanto antes de la inacción ó desquiciamiento é incoherencia en que se hallan. Nos proponemos completar este estudio haciendo breves observaciones acerca de algunos medios que parecen los más eficaces para contrarrestar el empuje avasallador que va teniendo en nuestra patria la invasión anticristiana. Nos fijaremos, principalmente, en las necesidades más urgentes que sobre esto se hacen sentir en el terreno de la política y de la enseñanza. Otros, con mayor competencia, tratarán de los medios, aún más importantes y esenciales, que ofrece la admirable organización de la Iglesia; medios que, como los manantiales de la vida sobrenatural, el vigor y severidad de la disciplina eclesiástica, y las múltiples instituciones que han sabido inspirar la caridad y el apostolado cristiano, merecen, por su importancia de primer orden, especial estudio.

III

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LOS INTERESES CATÓLICOS EN ESPAÑA.

CONVÉNZANSE de esto los hombres religiosos de España, decía el ilustre Balmes en 1844; no identifiquen la causa eterna con ninguna causa temporal; y cuando se presten á alguna alianza legítima y decorosa, sea siempre conservando aquella independencia que reclaman sus principios inmutables. Repetiremos aquí lo que hemos dicho ya otras veces: no es la política la que ha de salvar á la religión; la religión es quien ha de salvar á la política. El porvenir de la religión no depende del gobierno; el porvenir del gobierno depende de la religión. La sociedad no ha de regenerar á la religión; la religión es quien ha de regenerar á la sociedad.

1 Balmes, *Escritos políticos*, p. 176.

Por desgracia, más de una vez ha sido olvidado tan práctico y saludable consejo; y no han faltado en España hombres religiosos, que identificaron la causa eterna con otros intereses temporales, prestándose á alianzas con determinadas banderías políticas, sin conservar siempre aquella independencia que reclaman los principios inmutables. Ciertamente que la religión y la política son inseparables en absoluto: toda idea religiosa tiene por fuerza que traducirse también en doctrina política. Los principios religiosos son, y serán siempre, base del edificio social; y pretender que tales principios permanezcan extraños á la vida y estructura de la organización social, equivale á pretender que se levante un edificio sin guardar ninguna relación con los cimientos que tiene en su base. Pero los principios religiosos no se deben de identificar jamás con ninguna de las causas transitorias que dividen á los hombres en bandos y facciones. Su propagación y defensa ha de consistir, por el contrario, en tenerlos siempre apartados, en lo posible, de la arena impura en que se revuelven las pasiones humanas; y si alguna vez, en medio de las varias y críticas circunstancias que se presentan en la vida de las sociedades, la defensa de esos intereses sagrados precisa á valerse de determinados elementos políticos como instrumento y medio de acción, se ha de acudir á tales auxiliares guardando siempre entera independencia y libertad, mirando como muy accesorios los medios y elementos de la política, sin fiar la salvación al triunfo de alguna de las parcialidades que turban los imperios.

Grave responsabilidad tienen contraída ante Dios y ante la patria los caudillos que alzaron una bandera política para buscar el triunfo de la religión en los campos de batalla ó en las luchas é intrigas de los partidos. Con la mayor buena fé, sin duda, creyeron, al obrar así, que el medio más práctico y derecho de lograr el triunfo del principio religioso consistía en organizar un partido político, campeón de los intereses espirituales, y que uniendo á los lemas religiosos los lemas de otros ideales puramente terrenales, procurara alcanzar el poder, con el declarado propósito de extirpar en breve tiempo, y de raíz, la zizaña del cuerpo social. Respetemos la intención. Pero cuiden esos hombres de que la posteridad no les condene, juzgando, con razón, que hicieron más agravios que beneficios á la causa santa de que se decían campeones;

que en vez de ensalzarla la empequeñecieron; que en vez de procurarle triunfos suscitaron contra ella mayores ódios; que derramaron inútilmente sangre y tesoros de adalides generosos, y que, en vez de extirpar zizañas, centuplicaron las discordias y enturbiaron y revolviéron más los pueblos.

El catolicismo, para triunfar en España, no necesita formar bandos políticos, ni levantar sobre escudos guerreros candidatos reales, ni valerse, en fin, de las intrigas, torpes manejos, maledicencias, conjuraciones, retraimientos y demás medios ruines que son los elementos habituales de las pasiones políticas. Al catolicismo le bastan los grandes medios morales que son patrimonio de la Iglesia. Sólo por esos medios, y no por la violencia ó revueltas de las facciones, se hace cristiana una sociedad. Si se quiere de veras que los poderes públicos sean católicos, que el Estado sea católico, y las instituciones católicas también, principal deber de todo hombre religioso es ayudar á la Iglesia, en la vida privada como en la vida pública, para que pueda emplear sin estorbo esos medios morales que han de conseguir que la sociedad española sea de nuevo católica toda ella. Si esto se consigue, poco importará que los candidatos reales se hayan quedado sin corona, los políticos desorientados sin el poder que ansian y retraídos. Una vez hecha católica la sociedad, vencidos el indiferentismo y la incredulidad, destruida la herejía, será católico sincero el Estado; lo serán las instituciones y lo serán también los partidos, pues dentro del catolicismo caben todas las políticas monárquicas y republicanas, democráticas y conservadoras, que no estén reñidas con la justicia.

¿Y qué ganaría la religion con unirse á cualquiera de los partidos que con tal encono se disputan ahora el dominio de nuestra desventurada patria? ¿Qué son, y qué representan, los partidos políticos de hoy, para que uno cualquiera de entre ellos, sea cual fuere, pueda pretender que la Iglesia contraiga alianza con él? Todos ellos, sin excepcion, necesitan hacerse primero verdaderamente cristianos. Y decimos esto, no sólo por la causa buena ó mala que puedan defender, sino también porque se echan muy de ménos hoy tiempos en que hasta en las malas causas abundaban campeones ilusos, pero de probada honradez y rectitud de miras, igualmente reconocidas por amigos y adversarios. Ahora la mejor

de las causas contaría escasos mantenedores que no estuvieran dispuestos á sostenerla por los medios más reprobados y viles; pero serian muchos en cambio los que no creyeran mancillarla estimando honesto todo lo que se hiciera por la conquista y conservacion del poder. Lo que en realidad une hoy más á los hombres, y les hace formar partidos, no son los principios, sino los ódios comunes. Con horror hay que apartar la vista de semejante cuadro de miserias, crímenes y bajezas. Que nadie espere ni pretenda que la Iglesia baje á esa arena de discordia enarbolando alguna bandera de faccion en vez del símbolo de la paz cristiana.

¿Dónde hallar en nuestros dias en la política la estabilidad de situaciones y principios, sin la cual ninguna alianza puede ser decorosa y estable? La violencia y rapidez con que de improviso vemos formarse y dispersarse los partidos, alzarse ó derrumbarse gobiernos é instituciones que parecian afianzados contra las tormentas, ó que nadie podia presumir se establecieran alguna vez entre los pueblos europeos, no sólo ha producido con motivo sobrado en muchos hombres de bien completa indiferencia y verdadero escepticismo en materia política, sino que en ese terreno la generalidad de los hombres de juicio y honrada conciencia creen que por ahora se ha hecho también imposible pensar en comprometerse y ligarse con ninguna alianza. La época actual no es propicia para la formacion de los grandes partidos y verdaderos hombres de Estado de sólidos y arraigados principios, con los cuales únicamente se pueden firmar alianzas, porque no alzan una bandera sino despues de haber estudiado profundamente los problemas sociales y de contar con poderosos elementos de accion y triunfo en armonía con la prosperidad y bienestar de la patria; y una vez declarados campeones de una causa, la defienden con abnegacion y virtud igual á sus convicciones, y con la fidelidad y decoro del hombre de bien. La época actual es, por el contrario, favorable, como ninguna otra, para la multiplicacion y pujanza de los políticos sin convicciones y sin doctrinas, sofistas de primer órden, sin virtudes cívicas como sin escrúpulos para romper juramentos, abjurar de principios y hacer mañana traicion á sus amigos de hoy declarándose su mortal enemigo. Abundan hoy, como en toda época de grandes conmociones sociales, esos aventureros de la política, listos, experimentados y sagaces en las mañas de

adivinar con prevision asombrosa cuál es la faccion que promete alcanzar pronto y guardar más largo tiempo el poder, ó que le ha de proporcionar mayores beneficios, y en su vista pasarse oportunamente de un bando á otro, agrupar en su alrededor mercenarios ó darles órden de romper filas y dispersarse, pues comen y visten de la intriga pública, y no tienen más beneficio conocido, ó no han acumulado riqueza, sino con el tráfico de los puestos del Estado ú oposiciones tan sistemáticas como lucrativas contra todo gobierno. Pero, por lo mismo tambien, para el hombre de honrada conciencia la política ofrece más conflictos y escollos que nunca. Por eso, en épocas de revoluciones, para los hombres de bien es más difícil todavía conocer cuál es su deber, que tener el valor de cumplirlo.

La dificultad mayor para el hombre que sigue la profesion de la vida pública, consiste hoy en la imposibilidad de contraer ninguna alianza estable de partido y conservar la fé y entusiasmo por algun principio político. Antes de haberse podido afiliar con arraigo á ningun bando y hacerse su comensal, lo ve dispersado por la guerra ó por la revolucion. Apenas se ha identificado con un gobierno, sacrificando en las votaciones parlamentarias á la disciplina de partido no pocos escrúpulos de conciencia, ve de pronto que ese gobierno se derrumba, y presencia con asombro, cómo en cuanto se ha pronunciado la derrota, las mayorías de adictos arrojan las banderas, y sobre el mismo campo de batalla, como las bandas de milicias mercenarias en la Edad Media, se pasan al enemigo con armas y bagajes, apreciando prudentes que el vencedor es quien les puede pagar en adelante mejor soldada. Apenas ha oido pronunciar juramentos solemnes de perpétua fidelidad á determinadas instituciones, ve á los mismos hombres alzarse perjuros y rebeldes contra esas mismas instituciones. Ve formarse entre los elementos más heterogéneos monstruosas é indecentes coaliciones, que luego se deshacen con una intriga todavía más baja, ó con una orgía de indisciplina militar, ó con una apostasia y traicion general. Ve que toda la trama política se reduce á grotescas mascaradas de cambios de casaca y trasformaciones de doctrinas y personajes. Ve realistas que se hacen demagogos y demagogos que se hacen realistas; jacobinos que por un mendrugo, visten con orgullo la librea de la casa real, disputándose con furor hidrópico títulos y dignidades; y

monárquicos que por un ministerio ó algo ménos se despojan del desgarrado casacon del áulico moderno y pisotean las insignias reales para declararse republicanos. Ve tribunos de las libertades populares que, despues de haberse arrastrado serviles ante las turbas, se arrastran luego, aún más serviles, por las antecsalas de palacio; ve bufones de la plebe, que han hecho carrera declamando en la tribuna, en la cátedra, en la prensa, en la plaza pública, y vociferando que se suprima el ejército y se supriman impuestos, y se suprima la pena de muerte y todas las supersticiones y obstáculos tradicionales que sirven de traba á los santos derechos del ciudadano, y de pronto empiezan á pedir, con no menor fúria, el aumento del ejército, la necesidad de nuevas contribuciones, y abruman á los pueblos con espantosas gabelas, promulgan decretos más arbitrarios que ningun otro dictador, fulminan leyes sanguinarias contra la sedicion, confiscan, destierran, deportan y son los tiranuelos más arbitrarios y sañudos que ha conocido la tierra. Ve ateos y volterianos dictando, alarmados, circulares y decretos, porque, segun ellos, no respira bastante cristianismo y santidad una bula pontificia ó la pastoral de un obispo. Ve á malvados de profesion, que se pasan la vida blasfemando de las cosas santas, diciéndose, sin embargo, católicos, católicos y católicos, para dar guerra y persecucion á la Iglesia; y dándose cita, á lo mejor, para asistir al templo en traje oficial y con rostro compungido, y enterrar allí devotamente, lo más cerca posible del tabernáculo, al más facineroso de los herejes. Ve tambien mogigatos de misticismo afiliados á un tiempo en congregaciones pías y en sectas anticristianas. Ve patriotas subvencionados por repúblicas extrañas y puritanos ostentones de moralidad, que en breve tiempo dejan limpias las arcas del Tesoro. Ve que las facciones, que en realidad tan poco se diferencian unas de otras, se aborrecen, no obstante, de muerte, y antes consienten en la deshonra de la pátria que en desaprovechar medio y ocasion de destruir y vencer á la faccion enemiga, ahogando en el paroxismo de sus odios civiles todo sentimiento nacional con tal de exterminarse unas á otras. Ve que los unos ponen en rebelion al ejército cuando le envian á someter las colonias rebeldes, y los otros se sublevan é intentan tambien poner al ejército en sedicion cuando las fuerzas de la nacion están distraidas más allá del estrecho luchando con los ene-

migos tradicionales de la patria; que unos y otros llaman fuerzas extranjeras para hacer y deshacer revoluciones y arreglar los asuntos del gobierno interior de la monarquía; que unos y otros se regocijan cuando, bajo el gobierno de sus mortales enemigos, ocurren las mayores catástrofes sociales. Ve en la cumbre de las dignidades y honores, galanes y lucidos, y más fieros que un hidalgo, á hombres que se elevaron con una intriga femenil ó con el atractivo que su agradable presencia inspiró á una dama; y despues de levantados por tales medios mujeriegos á la más alta dignidad é influencia social, pagaron con la más negra ingratitud los beneficios adquiridos como premio de la ignominia, é hicieron traicion á su soberano de un modo que no podria disculpar la mejor de las causas; doblemente villanos, como hombres privados y como militares, por pisotear á un tiempo las leyes de honor del hidalgo, y las leyes de honor y disciplina de las armas. Ve, en fin, que es tal la inmoralidad que reina en todo el cuerpo social, tanto el desenfreno de las pasiones y el desprecio de los principios más vulgares del decoro, que ningun político acierta á elevarse ó á permanecer seguro entre los suyos como no participe, en más ó en ménos, del triste contagio; ve que la perfidia se ha hecho demasiado comun para producir escándalo, y que la nacion entera contempla con indiferencia, y á veces hasta con regocijo, apostasías y bajezas que, en tiempos mejores, llenaran de vergüenza al más infame de los renegados. Y en presencia de tan horrible remolino de vicios y vergüenzas con que se producen de improviso las trasformaciones y alternativas más extrañas é imprevistas; al ver cómo de pronto, en el flujo y reflujo terrible de las fuerzas sociales, un partido desaparece y surge otro, y todos los campeones desertan á lo mejor al campo opuesto, y tratan de enemigo y alevoso al que se queda rezagado creyendo ser fiel y consecuente, el político está ahora precisado á ser aventurero, y cuidar antes que nada de su seguridad personal. La honradez más acrisolada y la cabeza de temple mejor no resisten sin trastorno impresiones tan fuertes; y á ménos de reunir condiciones de todo punto excepcionales, á poco de vivir en medio de esa atmósfera candente, con alguno de los saudimientos horribles se ven tambien arrebatados al fin en el mismo torbellino de impurezas.

Ante ese cuadro que presentan los partidos, el país ha perdido

toda fé en los hombres públicos y en las doctrinas que proclaman, concluyendo por considerar á la politica como la mayor y más completa de las farsas carnavalescas. Los hombres de bien que viven ajenos á la intriga pública están ahora firmemente convencidos de que los que toman parte en esa comedia política no son sino cómicos que desempeñan un papel teatral, y no forman una ú otra profesion de fé movidos por honradas convicciones y con el propósito de ponerlas en práctica, sino como un medio de seducir al pueblo y de alcanzar el poder con engaños y astucias. Las diferentes clases sociales han perdido el entusiasmo que antes les inspiraban los grandes intereses y problemas de la vida pública; desaparecieron al contacto de las más tristes realidades las ilusiones patrióticas de las dos generaciones de políticos niños que á principios de esta centúria, con candidez y fervor verdaderamente sin ejemplo, pero con envidiable buena fé, hervian de entusiasmo liberal. Ahora sus descendientes, al cabo de los desengaños que ellos y sus padres recibieron en la práctica de los nuevos sistemas de administracion y de discusion en los parlamentos, llegaron á persuadirse de que lo que hoy se entiende por gobierno libre y administracion no es más que una máquina para desmembrar y anular el poder real, confeccionar mayorías parlamentarias y organizar legalmente el asalto de los oficios y beneficios del Estado. Los grandes abusos del poder, las arbitrariedades escandalosas que ha tenido que presenciar impasible é inerme, las conjuraciones é intrigas, tan audaces y bajas como afortunadas, que ha visto urdir para enseñorearse del gobierno, han hecho á la mayoría y á la parte más sana de la nacion indiferente é inerte. El país anda desconfiado y retraido de toda iniciativa; insensible á todos los halagos y promesas, cree que los hombres que habria de encumbrar, en lugar de salvadores, habian de resultar tambien imitadores serviles de los políticos adocenados y funestos que les precedieron. Así es que, aun incurriendo á veces por ello en notoria injusticia, á todos los hombres públicos, sin distincion de partidos, los mira como juglares: lo mismo á los buenos patrios animados de sanas y rectas intenciones, como á los impudentes, malvados y bellacos.

¿Cómo pretender, por tanto, ante tal situacion que la religion contraiga alianza con algun partido y se vincule al triunfo de alguna causa política? En medio de esta mascarada de feos disfra-